

— *«El terror nos muestra que el control que creemos tener es puramente ilusorio.»*

Clive Barker



## LA CUEVA EN EL CONFÍN DEL MUNDO

— *«Aquello en lo que crees se vuelve tu mundo.»*

Richard Matheson

Hoy me propongo contar una historia, una de aquellas que ves u oyes y necesitas liberar a tu mente de su lastimera carga. Os lo advierto, no es una historia bonita. De hecho, es horripilante, es desagradable y terrible. Os recomiendo encarecidamente que no sigáis leyendo. Mas, si al final decidís ignorar mi consejo, ni una pequeña queja quiero escuchar sobre las grotescas imágenes que vuestra mente forje en la oscuridad. No solo porque os lo advertí, motivo más que de sobra, sino porque este conocimiento representa una carga tan pesada o incluso más de lo que representará para vosotros.

¿Ya? ¿Seguís leyendo?

Que así sea.

El Confín del Mundo es un lugar extraño. Es árido, pedregoso y casi monótono. No obstante, tiene algo que encandila, aunque no sé el que. Tal vez es el sentimiento de pequeñez frente al todo, liberador de las nimias preocupaciones diarias, o tal vez un ensalzado espíritu de la aventura. Quizás, solo sea el incidir de la anaranjada luz en la cobriza arena.

Pero no pierdas tiempo pensando en ello, no merece la pena, pues solo los niños pueden llegar a este paraje. Solo ellos son capaces de abstraerse tanto como para llegar a este difuso lugar. Ojalá pudiesen salir con la misma facilidad con la que entran.

No lo ven venir, la experiencia lo ha vuelto precavido y maquinador. No oyen nada, la biología lo ha vuelto silencioso como solo podría ser la serpiente cuya forma imita vagamente. Los niños están obnubilados por aquel mágico lugar, aquel paisaje de maravilla. Tan solo notan algo que les revuelve las tripas, un frío que atenaza su corazón y despierta un sentido primordial y olvidado en el que saben con seguridad que algo va mal.

Demasiado tarde, para variar.

Algo agarra al niño con fuerza, con mucha más de la que jamás podría tener, y entonces la noche cae sobre su mente infantil. No volverá a ver nunca más, pues las tinieblas serán su nueva morada, su última prisión. Ojalá sirviese de consuelo.

Cuando vuelven en sí están en una cueva de piedra roma y suave musgo maloliente. El pánico es una constante en esta situación, mas nada altera la artificial calma del lugar, mucho menos a su captor. Aquel monstruo ofidio perdió su nombre hace eones, olvidado en gargantas sangrantes. Mueve su forma alargada y escamosa de verdes cambiantes por las galerías de aquella inmensa cueva en El Confín del Mundo. Aquellos pasajes son sus angostos dominios, y la tela negra y artificial, ajustada a su ser, es toda la ropa ceremonial que jamás necesitó.

Lo peor para los niños nuevos no es el hecho de no poder ver, es que tan siquiera se oye nada, ni siquiera existe el patético consuelo de gritar. El lugar está lleno de olores, y ellos son lo peor. Huele a sangre y carne apestada, a veneno y frío. Aunque lo más terrorífico no es eso, cosa que ninguno sospecha. Lo peor son olores más disimulados, menos desagradables, aromas del cuero y el látex, de hierro y óxido.

La primera vez es rápido. No mejor ni menos brutal, pero si más rápido. Le gusta dejar bien clara su posición desde el principio. Aun en las tinieblas se puede apreciar el sádico placer de sus gélidos ojos de pupila rasgada. Ojalá los cuentos fuesen verdad, ojalá los monstruos se comiesen a los niños. Lástima que la realidad tienda a ser más macabra.

Después lo lleva con los demás, en celdas de piedra sedimentaria. Patéticos despojos que antes eran inocentes niños miran con perplejidad al recién llegado, en completa catatonia. Al principio gritan, pero pronto entienden que eso solo te hace ser primero en la fila.

A partir de aquí mis manos tiemblan al seguir relatando.

Los niños pasan la mayor parte del tiempo arrodillados, en parte para avivar la depravada fantasía de poder, en parte porque así están más cerca si al monstruo le apetece que lo sacien. Dioses, ojalá se los comiera.

Los mantiene limpios y bien alimentados, a pesar del deplorable estado de las cuevas. Aunque sea a la fuerza, claro está. A fin de cuentas, a él le da igual los métodos si mantiene vivos a sus fuentes de éxtasis, a sus esclavos infantiles. Limpios, pues su miembro se niega a tocar nada manchado y maloliente. Alimentados, porque así es más divertido jugar.

Perfora sus lenguas con filas de pequeñas bolas metálicas, para aumentar el placer, siempre más placer. Los pinta y viste a su gusto, cada uno con un perverso estilo propio, todo para satisfacer fetiches.

Hay días en los que se siente más juguetón y los suelta para que corra entre los pasillos pétreos, pues nada lo excita más que arrebatar la esperanza en ese juego mortal del gato y el ratón. Otras veces se siente insatisfecho y necesita aumentar su crueldad para que su miembro se tense. Ata a los niños en estructuras de madera con enganches de cuero, cuando no de hierro rebosante de rebabas. Se regocija en el tacto de fustas y látigos, en el de ganchos oxidados y hierros al rojo vivo. La sangre corre y, de la excitación y el dolor, no me atrevo a decir que ocurre.

Incluso los niños pequeños pueden contemplar el suicidio, pero en esta situación no los salvará. La cueva misma parece obedecer los oscuros designios de su señor, evitando incluso ese penoso consuelo. Las piedras son demasiado pesadas para levantarlas, el musgo que las recubre es demasiado mullido para crear un daño verdadero. Ni entre ellos parecen ser capaces de dañarse, con sus fuerzas mermadas y un perpetuo vigilante de ojos de reptil.

Cuando crecen y empiezan a pasar la barrera de la adolescencia, el monstruo se los lleva para no ser vistos nunca más. Quizás devore su carne en la muerte como lo hace como su alma en vida, quizás se deleite en contemplar la obra final de su depravación como lo hace mientras la crea, profanación a profanación. Quizás los use de comida para el resto.

Aunque, si os soy sincero, tengo la teoría de que van a otro lugar, otro mucho peor. Ojalá pudiese ofreceros un final feliz, pero la verdad tiende a ser despiadada.

Como os prometí, esta era una historia que no queráis saber. Y lo mejor es que no sabéis la parte más macabra. Y es que esta historia, como toda buena historia de monstruos, es tan real como sus indecibles consecuencias.

¿No me creéis? Bueno, no tiene mucha importancia para mí. Ni para él tampoco, con que vuestros hijos, vuestros hermanos y sobrinos lo crean, a él le parece suficiente.